

F. GAMBOA

La carta presidencial dice:

(En el exergo, un sello en negro de litografía, con el escudo nacional guatemalteco):

«El Presidente de la República de Guatemala. América Central.»

En seguida:

«Guatemala, á veinte de febrero de 1900.

«Honorable Sr. Lic. D. Federico Gamboa.

& & &

«Presente.

«Muy distinguido señor mío y amigo:

«Con el mayor gusto doy á Ud. mi más cordial bienvenida, después de su importante excursión por las diversas secciones de Centroamérica, en donde, con verdadero placer, he visto las ovaciones hechas al muy digno representante de México.

«Sabe Ud., señor Gamboa, que, si como ministro de la Nación Mexicana, es Ud. acreedor de mi parte á muy distinguido aprecio, por las cualidades poco comunes y estimables en sumo grado, que en su carácter oficial le adornan, es todavía mucho más grato para mí, en lo particular, haber encontrado en su persona las prendas de un excelente caballero, y unidas á ellas, las de todo un amigo verdadero y leal. Desgraciadamente, las exigencias del puesto que ocupó me privan, estimado amigo, de todas esas manifestaciones íntimas de cariño y expansión que inspira la amistad, mayormente cuando ese vínculo nos liga á personas tan dig-

MI DIARIO

«nas como Ud., á toda clase de consideraciones y deferencia.

«Puede Ud. estar seguro, señor Gamboa, de que, como antes le he manifestado, he visto con verdadera satisfacción el que su viaje y su regreso se hayan efectuado con toda felicidad, y de que, al volver á su querido hogar, haya Ud. encontrado á su muy apreciable esposa y á su precioso niño llenos de bienestar y de salud.

«He de agradecer á Ud. se sirva presentar mis respetos á su muy digna señora, y mientras tengo el gusto de significar á Ud. personalmente mi bienvenida más cordial, reciba los sentimientos de distinguida consideración y particular aprecio con que me suscribo su afectísimo seguro servidor.

Manuel Estrada C.»

Dos razones me mueven á consignar en estas páginas la carta transcripta, á saber: que es un documento de naturaleza enteramente extraoficial, y que, quizá andando el tiempo, pueda convertirse en documento histórico.

27 DE FEBRERO.—Atareadísimo toda la semana, consagrado á la lectura de mi correspondencia rezagada y á empezar el despacho de los negocios que se han acumulado en la Legación durante el viaje que, por el lado de los festejos, puedo denominar viaje triunfal.

El triunfo ha continuado aquí, aunque en forma mucho menos ruidosa.

Compatriotas y guatemaltecos; diplomáticos y civi-



les; amigos é indiferentes, ora en mi casa, ora en la calle, hánme felicitado formulando augurios por próximas exaltaciones en mi carrera, que es donde me duele. Si del viaje resultara mi ascenso á ministro! . . . A oír al Conde Massiglia, que es Ministro de Italia, y á Bertrán Mathieu, que lo es de Chile, en breve recibiré mis credenciales.

Yo los creo—¿cuándo deja uno de creer lo grato y lo soñado?—los creo á pies juntillas; reviso á solas mi peregrinación, la trascendencia que de ella pueda resultar, mis esfuerzos, los personales riesgos corridos, las ovaciones; repaso en la memoria viajes análogos que llevaron á cabo contados antecesores míos: Díaz Mimiaga, Eduardo Garay, el General Alatorre; viajes no todos coronados de éxito. Fíjome en la circunstancia de que hacía casi ocho años que ningún representante de México visitaba las demás repúblicas centroamericanas, no obstante que nuestra Legación en Guatemala hállase acreditada cerca de los gobiernos de las cinco que forman esta región; compláceme, siempre en mis coloquios, poner de relieve que ninguno de los viajes anteriores fueron consumados en circunstancias tan excepcionales como las que á mí cupiéronme en suerte esta vez, y me aferro á la idea halagüeña, sí, me ascenderán, seré ministro dentro de poco! . . .

La única circunstancia positiva que hay para mi ascenso, es la de que la Secretaría de Relaciones de México no ha dejado ¡ni una sola vez! de aprobar mi conducta; y cuenta que en más de una, resolví *motu proprio* lo que era de hacer inmediatamente.

Para que nada falte al buen cariz de los sucesos, de la librería de Arturo Síguere me han avisado esta tarde, que hay á mi disposición doscientos pesos más, producto de los ejemplares vendidos de «Metamorfosis» durante mi ausencia.

Sólo una nube empañía mi regocijo por esta aglomeración de buenos indicios y de acaecimientos nada malos: que la vida, en su incesante acción y reacción, resérveme, á partir de ahora, igual ó más crecido número de amargas y desengaños. . .

1º DE MARZO.—Algunos días antes de mi partida á las otras repúblicas de Centroamérica, llegó de México á Guatemala, como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia cerca de los Gobiernos de México y Centroamérica, Lorenzo Marroquín, bogotano de origen, hijo del actual Vicepresidente de su tierra, y, al igual de su padre, aunque con menos fama y talento, hombre de letras.

De improviso se me presentó en la cancillería una tarde, en que el correo á México teníanos harto atareados.

Desde su presentación fué peculiar: Meneses abrió la vidriera que de su estancia divide á nuestro despacho, sin previo anuncio, cosa que no ejecuta sino cuando se trata de diplomáticos, y yo ví surgir dentro del marco de ella á un hombre guapo y de elegante pergeño, que desde luego predispusome en su favor por su innegable parecido físico con mi inolvidable jefe D. Juan Sánchez Azcona.



—Si la montaña no viene á mí, yo vengo á la montaña. . . —exclamó sonriente y en voz bien alta.—¿No sabe usted quién soy? . . .

Lo inferí, porque en cartas de México teníanme anunciada su llegada próxima y porque la prensa de Guatemala había publicado la fecha de su arribo.

—Sí que lo sé—díjeme,—es usted el señor Marroquín.

A partir de ahí, llevó á cabo una invasión perfecta; invadió la Legación, mi amistad y mi confianza, y lo que es para mí infalible, me compró con los mimos que desde entonces tiene con mi hijo.

Lorenzo Marroquín es un exuberante y un absorbente.

De su raudal de palabras saqué en claro que es literato, diplomático de carrera, conservador á *outrance*, amigo de medio México, íntimo de mi hermano Pepe y portador de la buena nueva:

—Sé que han resuelto ascender á usted á ministro. . .

Se inició la intimidad entre nosotros, con tuteo y todo; obtuvo Marroquín de mi Gobierno el que yo interpusiera discretamente mis buenos oficios en favor de Colombia, cerca de Nicaragua sobre todo. Antes de mi viaje, y ahora después de él, casi á diario visítame, sin hacer un misterio de que nuestra intimidad lo beneficia en extremo para los fines que persigue con su misión:

—Ustedes aquí son los que más valen y los que más alcanzan. . . no hay sino México y su Ministro. . .

Durante mi viaje, á menudo escribíamonos y aun telegrafiámonos, y cónstame que, si cual en un principio

tenía yo resuelto no entrar en Costa Rica por Puerto Limón, sino por la vía Panamá y Colón, el Gobernador de Panamá, gracias á encargos y recomendaciones de Marroquín, hábame preparado espléndido recibimiento en su «ínsula.»

A mi regreso, ha vuelto á insistir Lorenzo en ser el padrino de confirmación de mi hijo, cosa que es una distinción que no debe rehusarse.

Hábale yo dado treguas, sin embargo, porque va contra mis principios, prácticas é ideas, el emparentar, si quiera sea espiritualmente, con personas de muy elevada posición ó de muy grande fortuna. No me gusta.

Ni los libros míos, que si para otros nada valen, valen para mí muchísimo, los dediqué nunca á próceres, millonarios y demás gente campanuda.

Por eso, cuando se bautizó mi hijo, fué su padrino el hermano de su madre, que con nosotros vive hace años, á pesar de que en Guatemala, tengo para mí que de los más altos funcionarios abajo, cualquiera hubiera aceptado el compadrazgo y habrían llovido sobre el heredero de mi modesto nombre y ningún caudal, regalos de valía.

Mas como peticiones de esta naturaleza lo obligan á uno á transgredir con las propias resoluciones, de común acuerdo Marroquín y yo fijamos para la confirmación el próximo día 9.

6 DE MARZO.—Hoy distribuyó Marroquín las invitaciones para la ceremonia. La sola redacción de esas tarjetas proclama cómo las gasta mi futuro compadre. Dicen así:



F. GAMBOA

—«Legación de Colombia en México y Centroamérica.—Guatemala, marzo 6 de 1900.—Lorenzo Marro—«quín—saluda á Ud. atentamente y le suplica honre con «su presencia la confirmación de su ahijado—Don Miguel Félix Gamboa Sagaseta,—ceremonia que tendrá lugar en la Catedral el viernes 9 de los corrientes á las once a. m., y lo acompañe á almorzar el mismo día á las doce y media en los jardines del Guarda Viejo.»

Aunque los términos sean todo lo castizo que se quiera, ese *Don* antepuesto á los nombres de mi hijo, no me complace.

9 DE MARZO.—La confirmación de mi hijo en la Catedral y por la propia mano del Ilustrísimo señor Arzobispo.

A la europea. Las señoras y los caballeros que componemos el Cuerpo Diplomático en Guatemala, fuimos colocados en el presbiterio.

El Arzobispo, lujosamente revestido y asistiéndolo diversos familiares, ofició en persona; tuvo para mi hijo una delicadeza que siempre estimaré profundamente: al concluirse el rápido ritual de estos casos, se postró de hinojos en su reclinatorio, y así permaneció orando con mucho fervor algunos minutos; luego, al despedirnos, confidencial y paternalmente, me dijo:

—Ya ve usted, señor Ministro, cómo yo mismo he rezado porque su hijo sea muy feliz siempre, y porque nunca . . . se nos aparte de la Iglesia. . .

Con sinceridad y honradez le contesté lo que sentí en-

MI DIARIO

tonces, lo que siento ahora, y lo que, estoy seguro, sentiré mañana:

—Muchísimas gracias, ilustrísimo señor, ¡ése es también mi deseo!

¿Por qué estará tan universalmente difundido el error de que funcionario mexicano y ateo, son sinónimos?

El compadre supo hacer las cosas; nos dió en los jardines del Guarda Viejo un día de campo muy agradable á los miembros del Cuerpo Diplomático y á los contados particulares que invitó.

24 DE MARZO.—Hánme llegado algunos correos interesantes.

De París, cartas de dos literatos juzgando á «*Metamorfosis*.»

Gustavo Baz, ático y veterano hombre de letras, dícame:

«París, Noviembre 23 de 1899.—Sr. Don Federico «Gamboa.—Guatemala.—Mi querido y viejo amigo:—«Con agradable sorpresa recibí su libro *Metamorfosis* que «estoy devorando, no leyendo, por más que hace ya tiempo no me ocupo en obras de imaginación; pero ésta viene de un amigo á quien siempre quise y que tiene mucho talento.

«De nuestros novelistas, el *Pensador* fué sobre todo un «polemista; Fernando Orozco contó sus pesares íntimos; «Florencio M. del Castillo hizo especie de cuadros de género precioso; Díaz Covarrubias tenía una imaginación desbordante y no pintó mal nuestras costumbres: Payno,



« Pizarro Suárez, Mateos y Riva Palacio, creo escribían  
« sin plan, sin modelo y llenando entregas *calamo curren-*  
« *te*; Altamirano, Sosa, Roberto Esteva, escribieron cuen-  
« tos, pero no novelas. Cuéllar es sin duda el más nacio-  
« nal entre los viejos maestros y quien con más método  
« y chispa (el Dr. Peredo mediante), nos ha dejado una  
« obra completa; pero no era psicólogo como lo fué el *viejo*  
« Ramírez, que sólo dejó, por lo desordenado de su vi-  
« da, esa joya que se llama: «*Una Rosa y un Harapo.*»

« En nuestros días, vinieron *Sancho Polo*, pintor admi-  
« rable de las costumbres políticas de la Provincia; Del-  
« gado, del que sólo conozco «*La Calandria,*» y Ud., más  
« pujante, más metódico y más profundo, porque va más  
« al fondo del corazón humano para hacer de él pública  
« *anatomía.* Por eso es que las novelas de Ud. tienen pa-  
« ra mí más encanto, en el sentido de que me hacen me-  
« ditar más, y guarde Ud. este elogio que, sobre ser sin-  
« cero, viene de un lector asíduo de Balzac y de un co-  
« mentador escuchado de Stendhal.

« Después de esto, sólo me queda darle las gracias por  
« su envío, que espero no será el último.

« Mis libros y mis pasatiempos son otros que antes, la  
« antropología, la prehistoria, la etnografía, ocupan mi  
« tiempo; las ediciones raras y estampas viejas buscadas  
« y compradas en covachuelas, aumentan mi biblioteca,  
« que tiene ya más de mil volúmenes, además de los que  
« dejé en México, y la lira y la pluma de antaño, es de-  
« cir, la pluma para el público, están colgadas, y creo con  
« telerañas, porque no sé si el criado las desempolvará  
« de cuando en cuando.

« Sin decirle adiós, pues espero nos hemos de seguir  
« escribiendo, quedo como siempre su amigo que lo quiere.

Gustavo Baz.»

Y Domingo Estrada, el talentoso escritor guatemalte-  
co, que también reside en París como Cónsul General de  
su tierra, opina:

« París, 29 de noviembre de 1899.—Señor Don Fede-  
« rico Gamboa.—&, &, &.—Guatemala.—Muy estimado  
« y querido amigo:—Remítme un día un pobre folleto de  
« mi fábrica, y en retorno recibí de Ud. una carta encan-  
« tadora.—No pudiendo pagarla con otra mía, que merez-  
« ca el mismo calificativo, voy á limitarme en ésta á ex-  
« presarle, como Dios me ayude, las impresiones que en  
« mi espíritu deja, á raíz de su lectura, su grande y so-  
« berbia «*Metamorfosis.*»

« Desde luego, permítame comenzar por darle mis sin-  
« ceras y expresivas gracias.—Tan habituado estoy al  
« universal olvido, que cuando alguien se acuerda de mí,  
« en bien, por supuesto, me da la más agradable é inespe-  
« rada de las sorpresas; juzgue Ud., pues, cuál no será mi  
« gratitud cuando se me recuerda para hacerme un va-  
« liosísimo obsequio.—Voy á guardarlo con tanto orgu-  
« llo como cariño; habiéndolo elevado ya á la categoría  
« de los muy pocos libros que en premio de haberme  
« proporcionado momentos deliciosos, y como promesa  
« de hojearlos á menudo, reciben el regalo de una *toilette*  
« de cuero marroquí, para que puedan seguirme á donde  
« quiera que yo vaya á plantar mi tienda de nómade, á  
« guisa de compañeros fieles y predilectos amigos.



«Tiempo hace que lo quiero, mas sólo hace pocos días  
 «que lo admiro.—Nunca había leído una línea de usted,  
 «por más que mucho lo había deseado; y así, no sabía  
 «que era escritor, y de los buenos, sino por criterio de  
 «autoridad; criterio que, en nuestra América, me inspi-  
 «ra cada vez menos confianza.—Fulanito hace un verso,  
 «y sin más ni más, un crítico eminente lo compara con  
 «Goethe y Víctor Hugo; Menganote medio imita, medio  
 «plagia, en un español dudoso, á los decadentes franceses,  
 «y por ello lo proclaman escritor genial, gloria de su pa-  
 «tria, &, &. Así, cuando me dijeron que Ud. manejaba  
 «péñola con gran maestría, me limité á pensar: es posi-  
 «ble; que bien puede uno ser simpático, verboso, chis-  
 «peante en la plática, cumplido caballero, excelente di-  
 «plomático y buen amigo, y con todo eso escribir me-  
 «diocrementemente; y tal podía ser el caso de usted.—Ade-  
 «más—y esto era una razón mayor para mis desconfian-  
 «zas.—Ud. se había dedicado á la novela, y este género,  
 «en el cual aun España ha producido últimamente tan po-  
 «co notable, parecía que no pudiera ser nunca un fruto  
 «americano.—La razón? . . . no la encontraba; pero el  
 «caso era que hasta ahora no había leído novela alguna  
 «escrita en nuestras tierras, sobre todo del género natu-  
 «ralista, que pudiese compararse, siquiera de lejos, con  
 «las de los maestros franceses.—Las habrá tal vez, mas  
 «no conociéndolas, debo y quiero creer que tal em-  
 «presa para Ud. estaba guardada.—Ahora, después de  
 «las varias noches que he pasado sin poner un pie en la  
 «calle, devorando más que recorriendo las páginas de su  
 «obra, sí puedo formarme un juicio propio sobre el va-

«ler literario de su autor; y no solamente lo conceptúo  
 «altísimo y de primer orden, allá, en nuestros países,  
 «sino que pienso puede guardar esa categoría aun en la  
 «misma España.—«*Metamorfosis*,» al menos bajo ciertos  
 «puntos de vista, puede compararse con las mejores no-  
 «velas de Pereda, de Valera y de Pérez Galdós.—Tal es,  
 «en breve síntesis, mi opinión, que considero de algún  
 «valer, sin modestia alguna, creyendo que en mi gusto  
 «he llegado á cierto refinamiento, en virtud de que, si  
 «poco y malo he producido, en cambio he podido leer  
 «mucho y muy bueno.

«Lo que en «*Metamorfosis*» me admira más, es que ha-  
 «ya Ud. llenado 727 páginas, ni una menos, para escri-  
 «bir una novela cuyo argumento puede ser referido en  
 «dos líneas.—Un calaverón mexicano se enamora de una  
 «monjita francesa; se la roba, no románticamente, como  
 «don Juan á doña Inés, sino aprovechándose de un des-  
 «mayo de ella; llévasela á su casita, y allí la infiel espo-  
 «sa de Cristo, lo seduce. . . y lo fuerza casi.—*Rideau*.—  
 «En verdad, si me hubiesen dado tal tema para desarro-  
 «llarlo en una obra de imaginación, llegando á los últi-  
 «mos recursos de la mía, y con laborioso esfuerzo, ha-  
 «bría confeccionado una *nouvelle* de 27 páginas; me hu-  
 «bieran sobrado 700. . . Así, el *tour de force* de Ud. me  
 «pareció verdaderamente asombroso.—Con aquella sim-  
 «ple aventura, que ni siquiera se sabe qué remate tuvo,  
 «hacer un librón tan grande como *Fecundité* de Zola, que  
 «acabo de leer; y *ainda más*, lograr que ese librazo no se  
 «le caiga á uno de las manos, sin embargo de su peso, y  
 «que pueda ser leído, no sólo sin fatiga, sino con cre-



«ciento interés, desde la primera hasta la última foja, y  
«diciéndose al llegar á ésta: qué lastima que no tenga  
«sino un tomo! . . . vamos, mi querido Gamboa, que  
«encuentro esto verdaderamente enorme, y que difícil-  
«mente podré expresar todo lo que tiene mi entusiasmo  
«de grande y de sincero hacia el joven escritor que ha  
«entrado en el ejército literario de la América española  
«con el bastón de mariscal de campo, no en la mochila,  
«sino en la mano ya.—Nadie le *contestará* tal título, des-  
«pués de «*Metamorfosis*». . . , ese Austerlitz.

«Que no haya sido indispensable la fantasía de un Du-  
«mas ó de un Sué para inventar el argumento, en vez de  
«ser una crítica, me parece el más cumplido elogio que  
«de su novela pueda hacerse.—Todo el mérito está en la  
«perfecta ejecución.—Tampoco tienen mucho de extraor-  
«dinario los incidentes episódicos que apenas se ligan  
«con la acción principal, y que pudieran haberse supri-  
«mido, sin perjudicar á ésta mayormente. Pero, son tan  
«bellos, tan interesantes por la manera cómo están tra-  
«tados, que uno solo bastaría quizás para hacer que su  
«novela fuese calificada como obra superior.—. . . La  
«muerte patética de Lupe, que no quiere partir sin ser  
«madre completa, sin amamantar siquiera una sola vez  
«al hijo que le robaba la vida, esto es de una exquisita  
«delicadeza.—Y la persona de Marcos, tipo pintado de  
«mano maestra, con sobrias y vigorosas pinceladas; y los  
«amores de *Noeline* (qué nombre tan bonito! ¿lo inventó  
«Ud.?), con el primo militar, en la humilde casita de Bur-  
«deos, cuando servíales de galeoto el empañado cristal  
«de la ventana; y la niñez de Paulino, el futuro pastor

«de almas, cuya alma sencilla y complicada desmenuza  
«Ud. en tan curioso y profundo análisis, como si hubie-  
«ra pasado en la compañía del doctor angélico y del doc-  
«tor seráfico todo el tiempesito que ha empleado en can-  
«tar tangos, alegrar parrandas y echar canillas al aire en  
«todas las Américas.—Pero, señor, á qué horas y en qué  
«partes aprendió Ud. tantas cosas? . . . Y el corto y  
«fresco idilio de la «Virgen de la Paloma» con ese pobre  
«Chinto, que es, en mi juicio, el personaje más original  
«de todos los que Ud. ha hecho vivir en su obra, con in-  
«tensa vida; y. . . pero no quiero citar más, porque, en  
«el camino que llevo, concluiría por citarlo todo.

«El secreto del encanto que su libro produce, y que  
«hace que no se pueda dejarlo de la mano, una vez co-  
«menzada su lectura (yo me he pasado cuatro noches sin  
«poner un pie en la calle, en París! . . . ), finca princi-  
«palmente en el estilo.—No conozco otro que sea más  
«sencillo sin vulgaridad, más imaginado sin pedante-  
«ría, más elegante sin esfuerzo.—Con qué gracia y do-  
«nosura maneja Ud. nuestro viejo castellano, encontran-  
«do en él giros y expresiones que sólo creí pudiera  
«tenerlos el francés, principalmente para los análisis psi-  
«cológicos, los estados de alma y los matices múltiples  
«del sentimiento y de la idea en evolución! Y qué rico,  
«inagotable arsenal de palabras, frases y locuciones el  
«suyo! . . . Cuando leía su libro, se me figuraba que se-  
«ría muy fácil escribir así; y proyectaba, para cuando tu-  
«viese tiempo, comprar unas resmas de papel, y echar-  
«me á garrapatear sin detenerme un punto, unas 700  
«páginas como las de su «*Metamorfosis*.»—Idéntica im-



«presión he tenido al escuchar á Sarasate, ¿lo ha oído  
«Ud.?—Toca con tal facilidad, no haciendo sino colocar  
«suavemente el arco sobre las cuerdas para que él mar-  
«che solo y produzca melodías admirables y maravillo-  
«sas variaciones; y la idea me ha venido de que, si yo  
«tomara en ese instante el violín, haría lo mismo que  
«él. . . He de probar ambas cosas. . .

«La riqueza y la gracia de su estilo se revelan, más que  
«en parte alguna, en las descripciones, que son, á mi jui-  
«cio, los mejores trozos de su obra—Si bueno es Ud. en  
«todos los géneros, es perfecto en éste, quizás uno de los  
«más difíciles, y sin duda uno de los más importantes  
«para el novelador naturalista.—Ud. no describe, sino que  
«pinta; con tal colorido, con tal fuerza, dando á sus cua-  
«dros tan poderosa vida, que ellos dejan en el lector, no  
«el recuerdo de algo leído, sino el de un espectáculo  
«real y verdaderamente contemplado.—Esas buenas no-  
«ches en que no he puesto un pie en la calle, hipnotiza-  
«do por el libro que vanamente quise algunas veces sol-  
«tar, sin lograrlo nunca, las pasé, no en el departamento  
«No. 12 de la Avenida Kléber, donde estoy á la dispo-  
«sición de Ud., oh, nó! . . . las he pasado en México, en  
««San Francisco el Grande» . . . donde á Ud. le ha da-  
«do la gana, trasladado allí en la carroza mágica que ha  
«querido prestarle la buena hada Mab.—¡Cuándo voy á  
«olvidarme de aquel paseo que me hizo Ud. dar én com-  
«pañía de Bello y de Amparo, en la madrugada, á la  
«hora en que se despierta la gran ciudad, y en que des-  
«pués de recorrer sus calles lujosas, pasamos á los tris-  
«tes arrabales, y en seguida al campo, dorado por el na-

«ciente sol! . . . Y las descripciones de la hacienda, la  
«entrada del ganado, los aguaceros tropicales, las oracio-  
«nes del crepúsculo! . . . todo esto es del más bello y  
«palpitante realismo, y en todo hay un espíritu de ob-  
«servación tan agudo y tan raro, y tantos y tan vivos co-  
«lores posee su paleta, que en este género se eleva Ud. á  
«la categoría de un verdadero maestro.—Y es mi idea,  
«que si «*Metamorfosis*» no debiera vivir como una de  
«las obras más notables que hayan visto la luz en nues-  
«tro Continente, por lo menos ciertas páginas suyas figu-  
«rarían entre los mejores trozos de la antología america-  
«na, cuando una se publique con los más bien escogidos  
«*especímenes* de nuestra literatura.

«Aquí terminaría—no por falta de ganas de continuar  
«charlando con Ud., sino por el deseo de que la presente  
«pueda llegarle pronto—sí, para descanso de mi con-  
«ciencia, no tuviera que hacerle un reproche.—Hay al-  
«go en su hermosa novela que hubiera querido que fue-  
«se de otro modo; y ese algo es, precisamente, el héroe de  
«ella.—Dicen que el romanticismo murió ya, y con ello  
«puede excusarse no haber hecho de Rafael un per-  
«sonaje poético, un don Juan Tenorio ó un don Miguel  
«de Mañara, uno, en fin, como el lector de novelas de  
«folletines ó el espectador de los dramas del *Ambigú* le  
«demandaría, para robarse á la monja y minotaurizar al  
«divino Esposo, conquistando á paso de carga el núbil  
«corazón de *soeur Noéline*; pero vaya, que sí hubiera que-  
«rido encontrar al personaje, más noble, más intelligen-  
«te, más. . . *chic*.—Porque el señor Bello, en verdad, con  
«sus escrúpulos de beata, sus calaveradas de provincial,



«sus groserías de jayán rico, es tan prosaico, tan medio-  
«cre, tan *terre à terre*, que no comprendo la pasión *fou-*  
«*droyante* de la dulce hermanita, ni por qué la divina ma-  
«riposa rompió su crisálida, para ir á quemar sus alas  
«de oro en la llama de aquella mísera candela.—Poco  
«hombre es Rafael para producir la misteriosa metamor-  
«fosis, pronunciar el sagrado verbo al oído de la tem-  
«blorosa virgen é inundar con un rayo de amor el cáliz  
«inmaculado de aquel místico lirio.

«Otra cosa le diré de Nona.—¡Qué vida ha dado usted  
«á la niña deliciosa!—¡Qué rasgos tan graciosos, tan na-  
«turales, tan verdaderos!—¡Qué colores tan dulces, y á  
«la vez tan vivos, los de ese delicado pastel! . . . Bas-  
«tara una creación como ésa para el éxito de una obra.

«Sobre la suya acabo de expresarle á la ligera, sin or-  
«den y sin enlace, mis más intensas impresiones, escri-  
«biendo á Ud. al correr de la pluma, sin escoger palabras  
«ni hacer frases, como le hablaría si estuviera en su sa-  
«la, charlándole entre dos vasos de cerveza.—No vea en  
«la presente pretensión alguna, excepto la de serle agra-  
«dable, lo que estoy seguro de lograr al repetirle que  
«lo admiro muy sinceramente, como de antaño lo he  
«estimado y querido; y que de todo corazón aplaudo  
«este nuevo y brillante triunfo de Ud. esperando que  
«tras él, vendrán otros que lo igualen, ó quizá lo supe-  
«ren.—Tal vez no ha llegado Ud. todavía á su zenit.

«No me olvide, especialmente cuando vea la luz *Santa*;  
«dé mis recuerdos al simpático Ricoy; y como ésta ha de  
«llegarle en las agonías del año, reciba mis votos por su  
«salud y felicidad y la de su estimable familia en el. . .

«siglo que viene, con un buen apretón de manos de su  
«afectísimo y viejo amigo.—D. Estrada.»

De México, varios juicios críticos, uno de José Juan  
Tablaba y otro de José R. del Castillo.

José J. Gamboa, mi sobrino, en larga y bien pendo-  
leada epístola, anúnciame que «*Metamorfosis*» se está le-  
yendo mucho en México.

Yo pienso que aun cuando con «*Metamorfosis*» no he  
logrado el triunfo que hace tantos años persigo á la chi-  
ta callando, aislado y solo, sin afiliarme á grupo alguno,  
independiente y autónomo en ideas, en estilo y en fac-  
tura, cada nueva obra mía se vende más, y aunque sea  
muy lentamente, voy acercándome al triunfo que anhe-  
lo. Prométome continuar escribiendo libro tras libro,  
hasta que con alguno, aunque sea yo un viejo, la victo-  
ria me abraza y me traiga el renombre y el éxito, firmes  
y duraderos.

¿Será con el próximo? . . . ¿Será con otro? . . .

*Chi lo sa!* . . .

Lo que importa es continuar.

De España llega una crítica de «*La España Moderna*,»  
de Madrid, en la que hay más—harto más!—de censu-  
ra que de elogio.

De Barranquilla, República de Colombia, un novelis-  
ta, D. Abraham Z. López-Penha, me dirige á propósito  
de mi «*Suprema Ley*,» que ignoro cómo pararía en sus  
manos, una tarjeta manuscrita, en la que me dice.

«Abraham Z. López-Penha—tiene el honor de salu-  
«dar al eminente autor de *Ley Suprema*, y se permite



«hacerlo sinceramente, bajo la honda impresión que ha  
«dejado en su ánimo la reciente lectura de la obra. Car-  
«men, Ortegá, Clotilde, Julito, son todos personajes de  
«imborrables perfiles. Se desprende de la obra toda, tan  
«sano realismo, que el lector conserva por largo tiempo  
«la ilusión de haber tomado él mismo parte en todos los  
«acontecimientos; y es muy probable que la propia ilu-  
«sión sea la misma del autor cuantas veces recuerde esas  
«páginas trazadas con un nervio tan magistral y con tan  
«sobrias y elocuentes pinceladas. Podríase casi afirmar  
«que esa novela es en grandísima parte histórica. Reci-  
«ba usted homenajes de sincera admiración. Barran-  
«quilla (Colombia), 11 de mayo de 1900.»

Con la tarjeta, una novela suya, lindamente impresa é  
ilustrada en Barcelona, que se intitula: «Amalia Sán-  
chez.»

De sentir la ola de júbilo interno que invade mi orga-  
nismo, me pregunto: ¿cuándo nos curaremos de esta in-  
curable vanidad literaria que á todos los escritores nos  
aflige, en mayor ó menor grado, y aun se nos manifies-  
ta agudísima, si palpamos con una de estas casi minu-  
cias, que nuestro nombre camina, camina, y que hasta  
en apartadas latitudes se leen nuestras páginas, y...?

7 DE ABRIL.—Doy principio á mi novela «Santa.»

21 DE MAYO.—Termino el capítulo primero de la pri-  
mera parte de «Santa.»

22 DE MAYO.—Cerré trato con el impresor D. Arturo  
Síguere, para que haga por mi cuenta la segunda edi-

ción de mi única comedia original hasta hoy: «La Últi-  
ma Campaña.»

Aunque la comedia luce muchos defectos radicales, es  
un hecho que desde su estreno no han cesado de repre-  
sentarla en mi tierra las pobres compañías del kilóme-  
tro que famélicamente recorren los Estados más remo-  
tos y los más infelices pueblos. ¿No un día 5 de mayo,  
hallándome por acaso en Sultepec, es decir, en plena  
sierra, me instaban á ir todavía más sierra adentro, al  
pueblo de Qué Sé Yo Cuántos y presenciar la represen-  
tación de esa pieza? . . .

En ocasiones distintas he sabido que la tal se había  
representado ó á representarse iba, y siendo como es ella  
malucha de suyo y pésima la edición que corre por ahí,  
plagada de erratas garrafales, una entre mil, donde de-  
biera de leerse: «una friolera!» me plantaron «una pie-  
dra!» capaz de desbaratar á un toro, prefiero continuar  
sin que las compañías trashumantes que la representan  
me paguen nada por derechos de autor, con tal que la co-  
media, mala y todo, la representen siquiera como yo la  
escribí.

23 DE MAYO.—Previa autorización, solicitada en for-  
ma, del Gobierno de México, quedo encargado de los  
negocios pendientes de la Legación de Colombia en es-  
ta Guatemala.

De oír á Lorenzo Marroquín—que es un Tequendama  
de exageraciones—ello ha de servirme más que si me hu-  
bieran nombrado Nuncio temporal en Madrid ó Viena.

Pero yo lamento para mis adentros el que caiga sobre,



mi flaqueza la pesadumbre de una representación diplomática más, que ignoro hasta qué punto me quite el sueño y me aumente contrariedades.

24 DE MAYO.—Hoy fuí herido por mi respetable amigo el Conde de Pourtales, Ministro de Francia en Centroamérica.

Véase cómo:

Almorzábamos en la finca de campo *Oakland*, y después del almuerzo, la bellísima esposa del Ministro de Chile, Doña Elena S. de Mathieu, resolvió que bailáramos al compás de la música que amenizaba nuestro paseo. Pourtales quiso que él y yo, haciéndonos *vis á vis*, dirigiéramos una cuadrilla, pero con tan mala fortuna para mí, que á los primeros compases, el ferrado tacón de la bota de montar del Ministro de Francia, se abatió desde lo alto sobre mi espinilla.

A lo que no dí importancia al pronto, me la imponen dolores y fiebre; al acostarme, me cercioro de que se ha formado una verdadera llaga.

31 DE MAYO.—Principié el capítulo segundo de la primera parte de «Santa.»

18 DE JUNIO.—Perdido de mi pierna.

Desde el día del almuerzo en *Oakland* vivo en un sillón americano, con mi pata tendida, sin moverme, y paso por unas curaciones tan dolorosas, que en más de una vez al quemarme con nitrato de plata ó al arrancarme con pinzas la falsa cicatrización, he estado á punto de desmayarme como cualquiera señorita cursi.

Por la infaltabilidad, distínguense de mis diarios visitantes Pourtales, *mi heridor*, y Massiglia.

Con Massiglia, alternándonos y en alta voz, he leído la «Resurrección» de Tolstoi.

¡Qué libro admirable, á pesar de ser libro tendencioso y de prédica; qué páginas algunas, que hemos saboreado y releído hasta tres y cuatro ocasiones!

Este Massiglia es lo que son todos los italianos del mundo, un artista instintivo, y como reúne la condición de haber viajado mucho, y leído no menos, el comercio con él resulta á más de grato, provechoso. Es un espíritu muy cultivado.

Lástima que nuestra buena amistad naciente se haya de romper el día que el primero de nosotros dos abandone Centroamérica; pero tal es la ley entre *diplomáticos de carrera*, conocerse, tratar á todos y simpatizar con pocos, cambiar retratos, y después, no volver ni á escribirse.

Por la mañana suben los empleados de la Legación á que despachemos, junto al potro de resortes y terciopelo en que me revuelvo, los negocios oficiales; y por las noches, antes de que me martiricen con las curaciones, póngome á corregir pruebas de «La Última Campaña» que adelanta á paso de carga.

20 DE JUNIO.—Por no poder moverme de mi sillón y por haber salido electo director de escena, se resuelve que en casa sean las ensayos de una comedia escrita por Lorenzo Marroquín, que habremos de representar un grupo de diplomáticos en la Legación de Chile.



Tiene la comedia un acto y por título «El Doctor Puracé» (el Puracé es un volcán de Colombia, con nieves en su cima, que Marroquín ha escogido como símbolo del protagonista), que ha de serlo un joven abogado, frío en su exterior, esclavo de las leyes, de la del honor sobre todo, y ardiente en sus interiores, con un corazón virgen, que de pronto enamórase al extremo de conculcar, porque correspondan á su pasión, ese su culto por lo moral y por lo honrado.

Hemos de trabajar en la dicha comedia, Mathieu, su esposa Doña Elena, dama joven y preciosa que tiene la particular habilidad de remedar á cualquiera persona ó de caracterizar cualquier tipo, pareciendo increíble el que pueda desfigurarse y llegar hasta la fealdad y la vejez más perfecta; la señorita Josefina, hija del primer matrimonio de Mathieu y mujer muy extraña é interesante: sin ser bella del todo, está llena de atractivos; en cuanto se gana uno su confianza, se advierte que es inteligentísima, aunque al pronto aparezca un tantico reservada y cáustica; por mucho que su cuerpo es demasiado alto y no muy mórbido, resulta, sin embargo, esbelta y distinguida; es miope y no usa lentes; es elegante en su vestir; hierática en muchos de sus ademanes y actitudes; criatura excesivamente femenina y excesivamente interesante.

Lorenzo Marroquín hará de *Doctor Puracé*, y colaborarán con nosotros el Vizconde de Saillard, Agregado á la Legación de Francia, que vive con Marroquín para escribir, cada cual por su lado, un libro acerca de Guatemala; un caballero chileno, Agacio; otra hija de Mathieu,

Amelia, que es una chiquilla todavía; y Rafael, mi hermano político. Mi mujer es la consueta.

21 DE JUNIO.—La Secretaría de Relaciones acaba de recompensarme de mi viaje á las demás repúblicas de Centroamérica, enviándome por vía de indemnización de gastos, la suma de dos mil pesos en oro.

Ello me indica que mi ascenso á ministro pasó á la categoría de frustrado deseo.

22 DE JUNIO.—Si lo dije,—que no lo recuerdo,—no es malo que lo repita; si no lo he dicho, bueno es que lo diga.

De las pocas personas con quienes en Guatemala he intimado, está Juan J. Ortega, médico muy distinguido y amigo de mi afecto.

Es, en lo general, hombre de talento; en su profesión, más cirujano que clínico; y en lo íntimo, digan lo que quieran sus malquerientes y envidiosos, persona de trato gratísimo. No lo creo perfecto, precisamente porque vale, pero junto á las imperfecciones que lo aquejen, hay una porción de virtudes que vencen á aquéllas, dando un total á su favor muy estimable.

Unenme á él cariñosos vínculos que no nacieron ayer, sino hace una docena de años, cuando mi primera permanencia en Centroamérica, muy joven yo, soltero y aturdido; él, casado ya y reputado en su profesión.

Ahora hánse estrechado los vínculos y con mutua estimación tratámonos á diario. Excuso añadir que es el facultativo que ataja ó combate las dolencias de mi gente, y las mías propias.



Juan J. Ortega es ante todo, intelectual, que en París se graduó de médico después de haber obtenido igual título en su tierra, donde, por mucho que lo niegue, pálpase á las claras que se asfixia ó se aburre. Para contrariar ese aburrimiento, nostalgia ó lo que sea, trabaja, de las veinticuatro horas, en ocasiones hasta veinticinco, no desatiende clientela ni consultorio, y á fuerza de leer y estudiar libros y revistas, se encuentra al cabo, dentro de su profesión de médico, de todo lo nuevo y de todo lo útil.

Por temperamento, es artista y es amoroso; gusta del ritmo del verbo, conmuevelo la música y adora á la mujer.

Consiguientemente, menudos son los atracones que de charla sabrosa solemos darnos; muchos, los libros que nos prestamos, y no menos los puntos de contacto que nos descubrimos en debilidades comunes y comunes fortalezas. Su amistad significame una verdadera compensación á los muchos ratos insubstanciales y sin sabor de que padezco en esta Guatemala.

Siempre manifestó Juan un gran interés por mi obra literaria, que ha seguido con cariño y con observaciones inteligentes. Desde que por conversaciones mías, por fragmentarias lecturas de manuscritos, trabó amistad con «Santa,» no cesa de averiguar cómo sigue en su crecimiento. Sabedor de que la pobre moza llamada está á morir en las páginas finales de la novela, á consecuencia del cloroformo en una operación quirúrgica de histerectomía, prometió llevarme á presenciar una de las que él debía de ejecutar en la *Casa de Salud de Mujeres*, anexa al Hospital General, de que Juan es director.

La mañana de hoy cumplió su oferta y me hizo asistir á una histerectomía por la vía vaginal, que magistralmente ejecutó en hora y cuarto.

Y como de costumbre siempre que contemplo estas carnicerías científicas, por poco no me accidento á la mitad de ella. Una hermana de la Caridad, mexicana por más señas, que me atendió cuando salí al corredor en busca de aire, dolida de mí y asombrada de mi debilidad, que ha de haber hallado muy despreciable junto á su fortaleza de mujer y á su fortaleza mayor aún de religiosa, me curó con una copa de jerez para enfermos.

El «Diario de Centro-América» ha dado la noticia de mi asistencia, como la habría hecho cualquier periódico europeo.

«En el Hospital. Una operación quirúrgica. Una novelista presenciándola.»

Ah! público, censores y demás gente vulgar y necia! ¡si supierais lo que significa cada libro que se vende en las librerías y que leéis entendiéndolo apenas, cuán diferentes no serían vuestros fallos ignorar hacia obras de imaginación, y vuestras malévolas censuras! . . .

Los diarios de aquí siguen ocupándose en la segunda edición de «La Última Campaña.»

23 DE JUNIO.—Llegóme de México, acompañada de una epístola, larga crítica sobre «Metamorfosis,» publicada por Victoriano Salado Alvarez, en «El Domingo» de Guadalajara; «periódico—díceme Salado en su carta—que sostenemos Puga y Acal, López Portillo y yo.»



El juicio crítico es, en lo general, censura, aunque sin asomos de veneno, con alguna galantería aquí y allá, declarando superior «Suprema Ley» á «Metamorfosis.»

30 DE JUNIO.—D. Ricargo Ortega y Pérez Gallardo, ha tiempo que viene publicando en «El Nacional» de México, los títulos de nobleza española, que según sus investigaciones, pertenecen á diversas familias mexicanas más ó menos conocidas.

Parece que á la mía le llegó su turno; ha salido á luz el que yo soy nada menos que Marqués de *Prado Alegre*. El tal título no es muy antiguo que se diga, remóntase apenas al 18 de octubre de 1773.

¡Todo sea por Dios!

6 DE JULIO.—Con motivo de la comedia escrita por Lorenzo Marroquín, hubo recepción esta noche en la Legación de Chile, y al fin representamos «El Doctor Puracé.»

Después, cena y su poco de baile.

Marroquín llevó á los músicos compatriotas suyos que forman «La Lira Colombiana,» cinco bogotanos, ciego uno de ellos, que están pasando la pena negra en esta tierra, donde mucho se les aplaude, pero de donde sacan poquísimos medros.

El grupo es interesante: el director, Morales Pino, es espíritu bastante culto y compositor no desposeído de mérito; los demás, el ciego aparte, son de aspecto vivaz y despejado, nerviosos, delgados, pálidos, de cabelleras y ojos negros, ligeramente jactanciosos, diciendo que conocen (por la distancia sin duda), y que tratan á medio Bo-

gotá; repitiendo ocurrencias de éste y respuestas de aquél; recitando versos de Julio Flórez. . . iguales á nosotros los mexicanos y al resto de hispano-americanos, que todos somos unos, todos más ó menos la cigarra de la fábula: imprevisores, viciosos, cantadores y pródigos; valientes, confiados, ignorantes y presuntuosos; todos caminando alegres y sin curarnos de porvenires, con su poquillo de tristeza sensual en nuestros cantos, con mucho de nuestros soles en la mirada, en la sangre y en el alma; riendo de los que nos predicen un desaparecimiento próximo, porque somos «inferiores,» holgazanes y revoltosos; reconociendo que, con poquísimas excepciones, no sabemos hacer dinero, ¡ni falta!, ni sabemos vivir á las derechas, juiciosamente, pero recordando y proclamando, en cambio, que sabemos llegar á la muerte— hasta la muerte heroica!—con indiferencias y sonrisas; reconociendo que hemos sido épicos, cuando nuestras independencias, y valientes—á los que les ha cabido en suerte demostrarlo—cuando han hollado nuestro suelo, so pretexto de civilización ó de castigo, soldados de naciones publicanas, invasores sin humanidad, más barbaros y crueles que los de las historias y leyendas. . .

Y, ¡qué diantres!, no nos la hemos pasado tan mal y hay certidumbre de que mejoraremos. ¿Cuándo? . . . Cuando Dios quiera, que en este ir y venir de razas, regístranse ejemplos de que no les sirvió á algunas tener recios los bíceps y encallecida la conciencia. Claro que podemos estar mejor, pero bien mirado, así estamos bien, no obstante que las «razas fuertes» y los países «civilizadores» siglos hace que vienen cantándonos la tonada de



que somos «inferiores» étnica, política y sociológicamente hablando, vergonzoso y caquéxico fin de una raza que aun en sus buenos tiempos padeció de oculta é incurable dolencia en la médula. . .

A pesar de esta antífona, monótona y enmohecida; á pesar de los deseos latentes y manifiestos de que alcancemos buena muerte, persistimos en vivir, en «crecer y multiplicarnos» dentro de nuestras latitudes dulcísimas y nuestros climas acariciadores, sin apartarnos de defectos constitucionales y hábitos arraigados, al compás de nuestras músicas voluptuosas, al místico claror de nuestras tropicales noches estrelladas, resucitando en nuestros poblados incipientes y en nuestras soledades y bosques pensativos, á la pareja arquetípica y única del Génesis, la cual, pecadora y todo, supo hacer que brotara de sus desnudeces y sus besos toda la Humanidad, que aventó á los siglos. . . !

Los años pasan, sucédense calamidades, crímenes, atropellos al Derecho y á la Justicia, igual entre nosotros los «inferiores» que entre ellos, los «superhombres», y nosotros insistimos en seguir viviendo y en seguir caminando como todas las razas caminan, rumbo á los sepulcros, primero, y rumbo al misterio del «más allá» después.

Hay una ventaja de parte nuestra: que humildemente, por imitación ó por temor, procuramos enmendarnos y corregirnos, y así nos hemos extirpado ya más de un vicio congénito y más de un defecto que parecía sin remedio.

Mientras tanto, que nos dejen seguir nuestro sendero, cayendo aquí y levantando allá.

La sangre latina, por pobre que se halle de glóbulos rojos, es inmortal, y á la sangre india, que tanto abunda en nuestro Continente, aun le queda que recorrer mucho camino!

La fiesta de la Legación de Chile concluyó muy tarde.

Recogí una impresión: la «zamacueca» cuando es bailada por una dama, más que agradable baile regional y característico, es una tentación que puede llevarlo á uno muy lejos. . .

Recogí también de labios de Bertrán Mathieu, la siguiente frase escatológica, que como grito de guerra ó de júbilo todo chileno lanza en los momentos supremos.

—«¡Viva Chile de m. . .»

Frase que me evocó la que todo mexicano ha escuchado desde niño, sobre todo saliendo del pueblo, que en circunstancias parecidas, dice á veces:

—«¡Viva México, ch. . .!»

Fuerza es convenir en que uno y otro, son gritos salvajes todavía.

16 DE JULIO.—Un telegrama llegado de México, húdeme en conjeturas:

--«Telegráfame hoy si no has tenido novedad ninguna.»

Ninguna he tenido, nó; pero ¿por qué haránme pregunta semejante? . . .

17 DE JULIO.—Concluído el capítulo segundo de la primera parte de «Santa.»